

Claudio; los primeros para curar las heridas, los otros para levantar un patíbulo.

Abreviemos. El 16 de Marzo de 1832 apareció Claudio, completamente curado, ante el tribunal de Troyes; toda la ciudad asistió á esa sesión. Claudio se presentó bien ante el tribunal; se hizo afeitarse, llevaba la cabeza descubierta y el uniforme de los prisioneros de Clairvaux. El procurador del rey llenó la sala de la audiencia de todas las bayonetas del departamento, con el objeto, según dijo, de contener á todos los malvados que debían figurar como testigos en este proceso.

Al empezar la prueba testifical se tropezó con una extraña dificultad; ninguno de los testigos del acontecimiento del 4 de Noviembre quería declarar contra Claudio. El presidente amenazó á los presos con que les haría sentir el peso de su poder discrecional si no deponían, pero fué en vano. Claudio les mandó que dijeran lo que habían presenciado, y entonces se desataron todas las lenguas de los presos, refiriendo lo que habían visto. Claudio los escuchaba con profunda atención: cuando alguno de ellos, por olvido ó por afecto hacía el acusado, omitía hechos que podíanle comprometer, él mismo restablecía esos hechos. De testigo en testigo, cuanto llevamos referido desde el principio de esta historia se desarrolló ante el tribunal. Hubo momentos en que las mujeres que estaban allí como espectadores lloraban. El ujier llamó al preso Albin; le tocaba el turno para declarar. Entró vacilante y sollozando. Los gendarmes no pudieron impedir que se arrojase en los brazos de Claudio. Este le sostuvo y dijo sonriendo al procurador del rey:—Aquí tenéis un malvado que parte su ración y su pan con los que tienen hambre.— Claudio besó la mano de Albin.

Después de examinados los testigos, el procurador del rey se levantó y tomó la palabra en estos términos:

—Señores jurados, la sociedad vá á conmoverse hasta sus seculares bases si la vindicta pública deja impunes á los grandes culpables, como el reo que está en presencia del tribunal, etc. etc.,

Después de tan memorable discurso pronunció otro el abogado de Claudio. El que habló en pró y el que habló en contra terminaron á su vez las evoluciones que acostumbran á hacer en esa especie de hipódromo que se llama proceso criminal.

Claudio creyó que allí no se dijo todo lo que se debía decir y se levantó cuando le tocó el turno: habló de tal manera, que una persona inteligente que asistió á esa sesión judicial salió asombrada.

Parecía que ese infeliz obrero era un orador y no un asesino. Habló de pie, con voz penetrante y bien manejada, con ojo certero, con resolución. Dijo cada cosa como era, sencilla, seriamente, sin aumentar ni disminuir, convicto de todo, mirando frente á frente el art. 296 y poniendo su cabeza debajo. Tuvo momentos de verdadera elocuencia, que producían movimientos de aprobación en la multitud, y frases que se repetían en el auditorio de oído á oído. A veces se levantaba un murmullo, durante el que Claudio cobraba aliento, mirando con altivez á los asistentes. Otros instantes, este hombre, que no sabía leer, era tierno, político y discreto como un letrado; otros momentos era modesto, mesurado, atento, llegando paso á paso á la parte irritante de la discusión con benevolencia hacia los jueces. Un momento únicamente se dejó arrastrar por un sacudimiento de cólera. El procurador del rey trató de probar en su discurso que Claudio Gueux asesinó al director de los talleres sin que mediara violencia ni hecho por parte del director; por consecuencia que cometió el homicidio sin provocación.

—Sin provocación! gritó Claudio: verdaderamente es justo lo que decís y os comprendo. Un hombre borracho me dá un puñetazo, yo le mato; como fui provocado, me perdonáis la vida y me echáis á presidio. Pero un hombre que no está borracho, sino en el pleno ejercicio de su razón, me comprime el corazón durante cuatro años, me pincha con un alfiler todos los días, todas las horas, todos los minutos, en cualquier sitio inesperado durante los cuatro años; poseía yo una mujer, por la que yo robé, y me tortura con ella; no me basta para alimentarme el pan de la ración de la cárcel; un amigo parte conmigo el suyo, y me roba al amigo y al pan. Le pido una vez y otra que me devuelva el amigo, y él me encierra en un calabozo; le hablo de vos, él me tutea; le digo que yo sufro, y él me contesta que le fastidio.—¿Qué hacer con semejante hombre?... Le mato; pues soy un monstruo; he muerto á ese hombre sin que me provocara y me cortais la cabeza. Hacedis bien.

Movimiento sublime, según nuestra opinión, que hace surgir de repente y por encima de la provocación material,

en la que se apoya la escala desproporcionada de las circunstancias atenuantes, toda la teoría de la provocación moral que la ley olvida.

Terminado el debate, el presidente hace un resumen imparcial y luminoso, resultando que el reo era un vil y un monstruo. En efecto, Claudio Gueux empezó por vivir en concubinato con una mujer pública, después fué ladrón y después asesino. Todo eso era verdad.

El presidente preguntó al acusado si tenía algo que replicar.

—Muy poco, le contestó Claudio; soy ladrón y asesino, porque robé y maté; pero por qué cometí éste y aquel delito? Proponed estas dos preguntas á los señores jurados.

Después que estuvo deliberando el tribunal media hora escasa, Claudio Gueux fué condenado á muerte. Ciertamente es que desde el principio de la audiencia algunos de los jurados notaron que el acusado se llamaba *Gueux*, lo que les hizo muy mala impresión.

Claudio, después que oyó leer su sentencia de muerte, repitió lo siguiente:

—Está bien: pero por qué he robado? por qué he asesinado? Hé aquí dos preguntas á las que no se me contesta.

Volvió á entrar en la prisión y cenó alegremente. No quería apelar de la sentencia, pero una de las hermanas de la Caridad que le había asistido se lo suplicó llorando, y apeló por complacerla. Resistióse hasta el último momento, porque en cuanto firmó la apelación, á los pocos minutos espiró el plazo concedido por la ley. La hermana, agradecida, le entregó cinco francos; tomó el dinero y la dió las gracias.

Mientras corría el tiempo de la apelación, los presos de Troyes le ofrecieron proporcionarle la evasión, pero él no quiso fugarse. Los detenidos le arrojaron sucesivamente por la abertura del calabozo un clavo, hilo de alambre y un asa de cubo. Con estos utensilios hubiera podido limar los hierros un hombre tan inteligente como Claudio. El los entregó al carcelero.

El 8 de Junio de 1832, siete meses y cuatro días después del delito, llegó la expiación. Ese día, á las siete de la mañana, el escribano del tribunal entró en el calabozo de Claudio, para anunciarle que ya no le quedaba más que una hora de vida.

Habían rechazado su apelación.

—Entonces, contestó Claudio, me alegro de haber dormido bien esta noche,

porque la próxima aun dormiré mejor.

Parece que las frases de los hombres fuertes reciban al aproximarse á la muerte mucho más valor.

Llegó el sacerdote y después el verdugo, y Claudio estuvo humilde con el uno y afectuoso con el otro; no les rehusó ni el alma ni el cuerpo.

Conservó perfecta libertad de espíritu: mientras que le cortaban el cabello, alguno habló en un rincón del calabozo del cólera que amenazaba á Troyes en aquellos momentos.

—Pues yo, le dijo Claudio sonriendo, no tengo miedo al cólera.

Escuchaba al sacerdote con gran atención, acusándose de sus delitos y sintiendo no haber recibido educación religiosa. Pidió y le devolvieron las tijeras con que quiso suicidarse, y les faltaba una de las dos láminas, que rompió al herirse. Suplicó al carcelero que se las entregase de su parte á Albin; pidió también que se añadiese á este legado la ración de pan que él debía haberse comido hoy.

Suplicó á los que le ataron las manos que le pusieran en la mano derecha la moneda de cinco francos que le dió la hermana de la Caridad, que era lo único que poseía ya.

A las ocho menos cuarto salió de la prisión con el lúgubre acompañamiento de ordenanza en estos casos. Iba á pie, pálido, con la vista fija en el Crucifijo que le presentaba el sacerdote, pero andaba con paso firme.

Eligieron ese día para la ejecución por ser día de mercado, con el objeto de que se acumulase más gente á su paso; porque parece que aun hay en Francia poblaciones medio salvajes, ó que cuando la sociedad mata á un hombre se vanagloria de ello.

Subió al patíbulo con gravedad. Abrazó al sacerdote y después al verdugo, dando las gracias al primero y perdonando al segundo.

En el momento en que el ayudante le ató sobre la vergonzosa mecánica, Claudio hizo una señal al sacerdote para que tomase la moneda de cinco francos que encerraba en la mano derecha, y le dijo:

—Para los pobres.

Como en este mismo instante la campana del reloj daba las ocho, cubrió la voz de Claudio, y el confesor le dijo que no le había oído. Claudio esperó el intervalo de dos campanadas y repitió con dulzura:

—Para los pobres.

Apenas sonó la última campanada

cayó separada de los hombros la noble e inteligente cabeza de Claudio Gueux.

Admirable es el efecto que producen las ejecuciones públicas: el mismo día, estando en pié todavía el patíbulo, en medio de la multitud, las gentes del mercado se sublevaron y riñeron por una cuestion de tarifa, y faltó poco para que asesinasen á un empleado en los arbitrios municipales.

Hemos referido con todos sus detalles la historia de Claudio Gueux, porque creemos que cada uno de los párrafos de esta historia podría servir para encabezar un capítulo del libro en que se resuelva el gran problema del pueblo en el siglo diez y nueve.

Esa vida importante ofrece dos fases principales: antes de la caída y despues de la caída; y bajo esas dos fases dos cuestiones: cuestion de la educacion y cuestion de la penalidad; y entre esas dos cuestiones, la sociedad entera.

Ese hombre nació bien organizado, bien dotado. Qué le faltó? Reflexionad. Este es el gran problema de proporcion, cuya solucion, no encontrada todavía, tiene que restablecer el equilibrio universal: *Que la sociedad haga siempre por el individuo tanto como la naturaleza.*

Ved á Claudio Gueux. Su cerebro estaba bien organizado, su corazon bien constituido; pero la suerte le coloca en una sociedad tan mal regida, que él acaba por robar; la sociedad le encierra en una prision tan mal reglamentada, que él acaba por asesinar.

Quién es realmente culpable? ¿El ó nosotros?

Preguntas graves, preguntas apremiantes son estas, que solicitan á todas horas el concurso de todas las inteligencias, que nos tiran tanto del faldon de la casaca, que nos obstruirán un día tan completamente el camino, que será preciso mirarlas faz á faz y saber qué quieren de nosotros.

El que escribe estas líneas tratará de decir, pronto quizás, el modo cómo las comprende.

Al encontrarnos en presencia de semejantes hechos, cuando se medita en la manera apremiante con que estas cuestiones se nos ofrecen, nos preguntamos en qué piensan los que nos gobiernan, si no piensan en esto.

Las Cámaras están todos los años muy ocupadas. Es sin duda muy importante ocuparse de disminuir los empleos y el presupuesto; es muy importante ha-

cer leyes para que yo me disfrace de soldado y forme parte de la Guardia patriótica á la puerta del conde de Lobau, para que vaya á la formacion y á la parada, á las órdenes de mi especiero, que nombraron mi oficial (1); es muy importante para los diputados y ministros cansar y embrollar todas las cosas y las ideas del país con embarazosas y largas discusiones; y es esencial, por ejemplo, poner en el banquillo, é interrogar y cuestionar á grandes gritos, sin saber lo que se dice, al arte del siglo diez y nueve; á ese grande y severo acusado que no se digna responder, y hace perfectamente; es esencial pasar el tiempo gobernantes y legisladores en conferencias clásicas, que consiguen hacer levantar los hombros á los maestros de escuela de las aldeas; es útil declarar que el drama moderno ha inventado el incesto, el adulterio, el parricidio, el infanticidio y el envenenamiento, probando de esa manera que no han conocido á Fedra, ni á Yocasta, ni á Edipo, ni á Medea, ni á Rodogunda; es indispensable que los oradores políticos de este país se peleen durante tres días, á propósito del presupuesto, por Racine ó por Corneille, no se sabe contra quién, y aprovechen esta ocasion literaria para cometer unos y otros faltas de francés. Todo esto es muy importante, pero creemos que hay algo más importante que todo esto.

¿Qué diria la Cámara si al ocuparse de las fútiles contiendas con que el ministro se apodera de las oposiciones, ó las oposiciones del ministro, si de repente, de los bancos de la Cámara ó de la tribuna pública, se levantara álguien y dijera con seriedad poco más ó menos... —Callaos unos y otros los que estais hablando, que estais fuera de la cuestion?

La cuestion es esta. La justicia, apenas hace un año, mandó hacer tajadas á un hombre en Pamiers con una cuchilla; en Dijon acaba de cortar la cabeza á una mujer, y en Paris destina la carrera de San Jacobo para las ejecuciones inmediatas. Esta es la cuestion; ocupaos de ella.

Os peleábais por conseguir que los botones de la Guardia nacional sean blancos ó amarillos y por probar que la

(1) Es escusado decir que no nos proponemos atacar aquí á la Guardia urbana, institucion útil que vigila la calle y el hogar, sino únicamente la parada y el pompon y el aparato militar, cosas ridiculas, que solo sirven para hacer del paisano una parodia del soldado.

*seguridad* es mejor que la *certidumbre*. Señores ministros y señores diputados, la masa del pueblo sufre; que le deis república ó que le deis monarquía, el pueblo sufre, esto es un hecho.

El pueblo tiene hambre, el pueblo tiene frio; la miseria lo arrastra al crimen ó al vicio, segun el sexo. Tened piedad del pueblo, al que el presidio roba sus hombres y el lupanar sus mujeres; ya tenéis demasiados galeotes y demasiadas prostitutas. ¿Qué prueban esas dos úlceras? Que el cuerpo social tiene un vicio en la sangre: ocupaos de esta enfermedad. Tratais mal esta enfermedad; estudiadla mejor. Las leyes que promulgais sobre esto solo son paliativos para cubrir el expediente; la mitad de los códigos los compone la rutina, la otra mitad el empirismo.

La pena infamante era una cauterizacion que gangrenaba la llaga; ¡insensata es la pena que para toda la vida sella y remacha el crimen en el criminal, y estrecha para siempre el delito al delincuente como si fueran dos amigos, dos compañeros inseparables! El presidio es un vexicatorio absurdo, que hace absorber, despues de empeorarla, casi toda la mala sangre que extrae. La pena de muerte es una amputacion bárbara.

La pena infamante, el presidio y la pena de muerte son tres cosas que se sostienen mutuamente; habeis suprimido la pena infamante; para ser lógicos habeis de suprimir las otras dos. El hierro ardiente, el grillete y la cuchilla eran las tres partes de un silogismo: habeis suprimido el hierro ardiente; el grillete y la cuchilla carecen ya de sentido. Faringe era atroz, pero no era absurdo.

Deshaced la antigua y coja escala de los crímenes y de las penas y construidla de nuevo. Rehaced la penalidad, rehaced los códigos, rehaced las prisiones, rehaced los jueces. Llevad las leyes al paso de las costumbres.

Se cortan en Francia demasiadas cabezas cada año; ya que tratais de hacer economías, economizad la sangre; ya que entráis en el camino de las supresiones, suprimid el verdugo: con el sueldo de los ochenta verdugos podeis pagar á seiscientos maestros de escuela.

Ocupaos de la masa del pueblo: necesita escuelas para los niños y talleres para los hombres. ¿Sabeis que la Francia es el país de Europa donde hay menos número de personas que lean? La Suiza, la Bélgica, la Dinamarca, la Grecia, la

Irlanda saben leer, y la Francia no? Eso es una vergüenza.

Id á los presidios, reunid á vuestro alrededor á toda la chusma, examinad uno á uno á todos los condenados por la ley humana. Calculad la intencion de sus perfiles, estudiad sus cráneos: cada uno de esos hombres que ha caido encierra en él un tipo bestial; parece que cada uno de ellos sea el punto de interseccion entre ésta ó aquella especie animal con la humanidad. Este es el del lobo, ese el del gato, aquel el del mono, unos el del buitre, otros el de la hiena. De esas pobres cabezas mal formadas, el primer error proviene de la naturaleza sin duda alguna, pero el segundo proviene de la educacion. La naturaleza bosquejó mal, pero la educacion retocó mal el bosquejo. Dirigid hácia aquí vuestros estudios. Dad al pueblo buena educacion. Desarrollad lo mejor que sea posible esas desgraciadas cabezas, con el objeto de que la inteligencia que dentro de ellas existe pueda crecer.

Las naciones tienen el cráneo mejor ó peor configurado, segun sus instituciones. Roma y Grecia tenían la frente muy desarrollada; abrid todo lo que podais el ángulo facial del pueblo.

Cuando la Francia sepa leer, no dejes sin direccion la inteligencia que habeis desarrollado, porque eso seria otro desorden. La ignorancia vale más que la falsa ciencia. Acordaos de que existe un libro más filosófico que *El compadre Mateo*, más popular que *El Constitucional*, más eterno que la Carta de 1830, y que este libro es la Santa Biblia.

Hágase lo que se quiera, la muchedumbre, la mayoría, será siempre relativamente pobre, desgraciada y triste; á su cargo correrá siempre el trabajo penoso. Examinad esa balanza; todos los goces en el platillo del rico, todas las miserias en el platillo del pobre. ¿No son desiguales las dos partes? ¿La balanza no debe necesariamente inclinarse, y el Estado con ella? Sin embargo, en el lote del pobre, en el platillo de sus miserias, arrojad la certidumbre de un porvenir celestial; arrojad la aspiracion á la felicidad eterna; arrojad el Paraiso, que es un magnífico contrapeso, y restablecereis el equilibrio; de ese modo la parte del pobre es tan rica como la del rico. Esto es lo que sabia Jesús, que sabia más que Voltaire.

Dad al pueblo, que trabaja y que sufre; dad al pueblo, para el que el mundo es malo, la creencia de un mundo me-

jor, creado para él. Estará tranquilo y tendrá paciencia, que la paciencia la da la esperanza.

Inundad los pueblos de Evangelios; repartid una Biblia en cada cabaña; que cada libro y cada campo produzcan un trabajador moral.

Ocupaos de la cabeza del hombre del pueblo, que esta cabeza está llena de gérmenes útiles; emplead, para que ma-

ture y dé el fruto que debe dar, lo que sea más luminoso y más atemperado á la virtud; el hombre que asesinó en los caminos reales, quizás mejor dirigido hubiera sido un excelente servidor de la ciudad.

Cultivad, desmontad, regad, fecundizad, alumbrad, moralizad y utilizad la cabeza del hombre del pueblo; así no tendreis necesidad de cortarla.

FIN DE CLAUDIO GUEUX.

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.